

Panorama

ha echado en falta la existencia de un órgano técnico asesor de las Cortes Generales. Los parlamentarios no son, ni tienen por qué serlo, expertos en Derecho presupuestario, pero la creciente complejidad de la estructura del presupuesto y su constante crecimiento hacen imprescindible poseer unos conocimientos especializados para poder extraer alguna información relevante de los datos que allí se contienen. Recientemente, en la Ley de Presupuestos Generales del Estado para 1990 se ha procedido a la creación de una Oficina Presupuestaria en el seno de la Secretaría General del Congreso de los Diputados. Este órgano está destinado a asesorar técnicamente a las Cámaras y a informar a los grupos parlamentarios, así como a diputados y senadores, sobre la ejecución durante cada ejercicio del presupuesto y de aquellos aspectos de la actividad legislativa que tengan repercusión en los ingresos o gastos públicos. Es de esperar que el correcto desarrollo de esta labor permita poner fin a la ventajosa posición de que hasta ahora han gozado el Gobierno y las mayorías parlamentarias que en cada momento lo han sostenido, frente a los grupos de oposición. Mientras que los primeros, puesto que han dirigido su preparación, han contado con todos los datos necesarios para una correcta y completa interpretación del presupuesto, los segundos, y en mayor medida cuanto menor es el partido al que pertenecen, han encontrado graves dificultades para hacerlo.

En conclusión, si se desea que la tramitación parlamentaria del presupuesto sea realmente un enjuiciamiento anual del proyecto político del Gobierno, es necesario, de una parte, limitar su contenido a aquello para lo que está previsto, y, de otra, dotar a las Cortes Generales de los recursos necesarios para poder realizar con rigor su importante tarea. ■

Gabriel Elorriaga Pisarik es inspector de Finanzas del Estado.

La unión económica europea tras la cumbre de Roma

Por Francisco Cabrillo

La opinión pública ha recibido muy favorablemente los resultados de la última reunión del Consejo de Jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad Económica Europea, celebrada en Roma el pasado mes de diciembre. Los titulares de la prensa han sido expresivos. Se ha escrito, por ejemplo, que «Europa vive un momento histórico», que ha habido un «acuerdo unánime para impulsar la integración política y económica» e incluso que «Europa quedará unida el primero de enero de 1993». Por otra parte, se ha hablado mucho del talante conciliador del nuevo primer ministro británico. Y, de forma poco disimulada, se ha celebrado la desaparición de la escena de la Sra. Thatcher, quien, en su papel de institutriz que cree que hay que decir siempre la verdad, tenía la fea costumbre de poner el dedo en la llaga y recordar en voz alta a sus colegas muchos problemas cuya existencia los demás sólo reconocen en privado. Si alguna palabra se ha repetido tras esta cumbre, ha sido «avance».

Ahora bien, ¿hacia dónde avanzamos? A la hora de contestar esta pregunta surgen muchas dudas. En primer lugar, no parece que todos los socios de la Comunidad estén de acuerdo ni siquiera en las metas finales a conseguir. Mientras para unos hay que buscar, ante todo, un gran mercado integrado, en el que las empresas y los consumi-

No parece que todos los socios de la CEE estén de acuerdo en las metas finales a conseguir. Mientras para unos hay que buscar un gran mercado integrado, otros no pueden imaginarse la unión europea sin que una sólida burocracia nos gobierne



dores puedan adoptar sus decisiones con el mínimo de controles y normas, otros, por el contrario, no pueden imaginarse la unión europea sin que una sólida burocracia nos gobierne desde Bruselas. Y resulta, además, que, pese al eurocentrismo de nuestros gobiernos, a nadie se le oculta que las futuras relaciones de Europa con el resto del mundo están muy lejos de haber sido definidas, y que mientras algunos piensan en un continente abierto al comercio mundial y a la competencia internacional, otros defienden, de una forma abierta o solapada, una «Europa fortaleza», protegida por barreras y aranceles de la competencia exterior.

Problemas

Un resultado esperanzador de la cumbre de Roma es el con-



Foto de familia de la «cumbre» celebrada por la CEE en Roma (diciembre de 1990)

vencimiento de que, tras ella, continuará a buen ritmo la creación del gran mercado único que deberá funcionar plenamente a partir de 1993. Pero, junto a este progreso, por el que, sin duda, debemos felicitarnos, siguen existiendo en la Comunidad problemas muy importantes cuya solución no resulta clara.

El más actual, aunque seguramente no el principal, es el de la unión monetaria. El que parece triunfo definitivo de la idea de llegar a ella mediante un proceso de fijación de los tipos de cambio de las actuales monedas comunitarias y la creación no ha ido acompañado de un plan preciso de reforma. La idea de una Europa de dos velocidades no está, en absoluto, descartada, y los aplazamientos pedidos por algunos miembros, entre ellos España, esconden seguramente el temor de quedar fuera del nú-

La política agraria tiene unos costes elevadísimos que soportan los ciudadanos comunitarios como consumidores, pagando precios altos

cleo dominante de la unión, cuyo centro será Alemania. Por otra parte, seguimos sin tener un mínimo de garantías sobre el grado de independencia del nuevo Banco Central y su comportamiento futuro con respecto a la estabilidad de los precios.

Otra gran cuestión pendiente es la política agraria común. Las discusiones de los últimos años sobre la unión política y monetaria han oscurecido temporalmente este viejo problema que tanto la Comisión como los jefes de Estado y de Gobierno —con la excepción, sin duda, de la Sra Thatcher— han procurado siempre dejar en segundo plano. Se trata, sin embargo, de un tema crucial para Europa. La política agraria tiene unos costes elevadísimos que soportan los ciudadanos comunitarios como consumidores, pagando precios altos, y como contribuyentes, ya que

la mayor parte del presupuesto de la CEE se gasta en ella. Y no son sólo los europeos quienes la sufren. Los países del Tercer Mundo son también sus víctimas. Y no puede olvidarse que el fracaso de la última reunión del GATT en lo que al libre comercio de productos agrarios se refiere es consecuencia directa de la política de la CEE.

Pero éste no es sino un aspecto particular de un problema más general: las relaciones económicas de la Comunidad con terceros países. Seguimos sin saber si vamos a orientarnos abiertamente hacia el librecambio o si vamos a preferir la protección selectiva para mantener en funcionamiento industrias poco competitivas. No está claro tampoco cómo serán las relaciones de la Comunidad con los países de la Europa del Este, que, más que ayudas, lo que desean es el

Panorama

comienzo de procesos de integración a los que deberíamos prestar apoyo. Y, como los políticos y los economistas de estos países señalan una y otra vez, hay grupos dentro de la Comunidad que parecen preferir centrarse en lo que hoy existe a buscar una apertura al resto del continente.

Dos visiones

Buena parte de esta falta de objetivos claros se debe al hecho de que en la CEE siguen coexistiendo dos visiones de Europa bastante diferentes. Una, la de quienes ven la unidad económica europea dentro del marco mucho más amplio del mercado mundial; la de quienes rechazan la idea de que la burocracia de Bruselas deba convertirse en un centro de regulación de las actividades económicas; la de quienes, por fin, quieren que sean las empresas y los consumidores, y no las administraciones públicas, los protagonistas de la futura Europa. Frente a ellos está, sin embargo, la visión estatista de la Comunidad. Es la de quienes quieren reproducir a escala continental las instituciones y formas de actuación de los Estados nacionales; la de quienes quieren abolir las fronteras internas, pero defienden el reforzamiento de las externas; la de quienes no entienden que el mercado puede funcionar sin la tutela constante del sector público.

No sabemos aún cómo será el futuro de la unión económica europea, pero sí podemos afirmar con seguridad que el triunfo de una u otra forma de entender los objetivos de la Comunidad condicionará de manera muy distinta la vida de los ciudadanos europeos durante muchos años. ■

Francisco Cabrillo es catedrático de Economía en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense.

Daniel Bell: "El Estado nacional se ha quedado estrecho para el capital"

El sociólogo Daniel Bell, colaborador de NUEVA REVISTA (ver número 4: «Por una sociedad civil»), visitó Madrid, invitado por el seminario permanente *Empresa y Humanismo*. Este seminario fue fundado por un grupo de empresas (BBV, IBM, Iberduero, Compañía Sevillana de Electricidad e Hidroeléctrica) en colaboración con la Universidad de Navarra. Actualmente otras empresas de gran importancia figuran como asociadas al seminario.

Un miembro del Consejo Editorial de NUEVA REVISTA participó en el seminario, asistió a la conferencia de Bell sobre «La empresa en la sociedad postindustrial» y conversó con el sociólogo de la Universidad de Harvard sobre aspectos de su disertación.

Según el profesor Bell, la crisis del Golfo Pérsico ha puesto de manifiesto que se ha producido un importante cambio en el orden mundial cuyo aspecto más significativo es la unificación de criterios en las Naciones Unidas. La caída del comunismo está en el origen de ese cambio importantísimo, que modifica esencialmente el sentido de las relaciones internacionales. Para Bell, la guerra del Golfo Pérsico es el último ejemplo de conflicto bélico basado en el antiguo or-

«La importancia del petróleo bajará, pues será sustituido por otras energías. El petróleo es el último recurso natural que puede organizarse como un cártel.»

den internacional de enfrentamiento entre bloques y el primer ejemplo de unificación de un nuevo orden en el que la acción política internacional deja de estar impulsada por la rivalidad ideológica para pasar a ser orientada por motivos de técnica económica. Pero —puntualiza— no habrá más conflictos bélicos causados por problemas energéticos.

El profesor Bell opina, en efecto, que la crisis petrolífera será pasajera. El Club de Roma —observa— estaba equivocado. Interpretó que el crecimiento y el desarrollo estaban subordinados a la explotación del petróleo y de otros recursos naturales que acabarían agotándose, pero no calculó la innovación de recursos promovida por la renovación tecnológica. «La importancia del petróleo bajará, pues será sustituido por otras energías. El petróleo es el último recurso natural que puede organizarse como un cártel.»

«No es posible prever el futuro», dijo Bell, pero sí es posible interpretar las tendencias y orientarnos acerca del sentido del devenir. «Antes de la II Guerra Mundial el poder nacional de las potencias europeas dependía de su poder militar. Hoy Japón y Alemania tienen más poder que entonces; tienen más poder sin ejército que con ejército, porque el poder procede ahora de la economía, y la economía es la prolongación de la guerra por otros medios». El origen del poder tiene actualmente su fuente en la combinación de la actividad económica con la tecnología de la inteligencia. Estamos en la sociedad postindustrial, un tipo de organización cuyo dinamismo se basa en la sustitución de la tecnología mecánica por la tecnología intelectual. Actualmente ya no es necesario centralizar la producción, pues la antigua concentración urbana por recursos se sustituye por un sistema de distribución de la producción. Lo único que se necesita centralizar es la información. «El mercado se ha convertido en una red de co-